

ción del que la había hospedado, á diferencia de la *trasfusión*, por la cual entendían que las calidades morales del finado, tales como la ciencia, el valor, &c., se podían trasferir ó transmitir á un ser animado. Ambas, como antes dije, son modificaciones del mismo dogma, y las formas extrínsecas que posteriormente revistieron, parecen derivarse de una práctica de que dan fe los más antiguos monumentos históricos, y cuyo origen se pierde en el seno misterioso del tiempo. Aquella locución patética y sublime con que en nuestros libros sagrados se significa el venturoso fin del hombre justo, diciéndose que *murió en el ósculo del Señor*; y aquella otra: *recoger el último suspiro del moribundo*, que aun se conserva en el lenguaje poético de nuestros días, nos dan una cabal idea de la fúnebre ceremonia con que el hombre fijaba el lindero entre la vida y la muerte: Esa ceremonia se practicaba por el pariente más cercano del moribundo, que pegaba en sus labios los suyos, al tiempo de exhalar el último aliento, para recoger el alma que se creía iba en vuelta en él (53).

(53) Rossini; *Antiq. Rom.* &c., t. V, p. 39.—Adam,

Cuál fuera la importancia que los antiguos dieran á esta práctica, nos lo manifiesta el sentido lenguaje que un escritor judío pone en boca de *Jacob*, desolado por no haber tenido el consuelo de cerrar los ojos, ni de dar el último ósculo á su querido José (54). De ella habla también *Virgilio*, haciendo decir á la hermana de Dido:

...et extremus si quis super halitus errat,
Ore legam;

y ella, en fin, se conservó aún en el sacerdocio cristiano, como un deber religioso, hasta el tiempo de la celebración de uno de los concilios de Auxerre, que la abolió (55). La superstición que dice *Guyon* (56) existía en algunas provincias de Francia, procedía evidentemente de las que los romanos ha-

Antig. Rom., t. IV, pág. 6 trad. cast. de Garriga; Valencia, 1834.— A esto llamaban los romanos: *extremum spiritum ereipere*

(54) *Officiose impendissem morienti extrema oscula, clausissem oculos* &c. Philon Jud. de *Joseph*, fol. 529. E.; edic. grec-lat. ex Gelen., París, 1640 in fol.

(55) Véase la disertación sobre los funerales de los hebreos en la *Biblia de Venecia* t. 12. pag. 66, edic. mexic.

(56) Cit. por el autor del *Diccion. histor. des cultes religieux*, art. *Metempsychos*, § 7.

bían dejado sembradas en todos los países donde dominaron. Ella consistía en aproximar los niños á la boca de los sacerdotes y de otras personas afamadas por su virtud ó saber, próximos á expirar.

La ceremonia tierna y patética con que en estos pueblos se revelaba el dogma de la *trasfusión*, se manifestó en otros por medio de prácticas feroces, que tal vez fueron un simple refinamiento de la idea primitiva, ó bien la pululación del primer germen arrojado en la vida salvaje, que es lo que me parece más probable. El citado autor del *Diccionario histórico de los cultos* hace mención de pueblos que, conculcando los sagrados derechos de la hospitalidad, asesinaban á sus huéspedes distinguidos, imaginándose que sus virtudes y calidades quedaban en el lugar de su muerte. Algunas de las tribus salvajes de nuestros departamentos interiores, discurriendo con una mejor, aunque no menos espantable lógica, pensaron que la *trasfusión* sería más eficaz ayudada por el sistema alimenticio; y esto explica su predilección por la carne de los animales briosos y ligeros, subsistente hasta hoy entre los *comanches*, que se ali-

mentan de la de mula y especialmente de la de caballo, creyendo aumentar la agilidad y ligereza que tan necesarias les son para sus depredaciones. Una vez puestos en esta vía, era necesario que el progreso mismo de su absurda lógica los condujera á devorar el cadáver del guerrero animoso, del afortunado curandero, ó del charlatán inspirado que había cesado de vivir; y no debía de ser raro, que así como en nuestros tiempos se perpetran algunos asesinatos políticos y literarios por una ambiciosa envidia, el salvaje fuera asesino y antropófago por una impaciente ambición. En efecto, la crónica de donde he tomado estas noticias (57) dice que tales hechos y prácticas no eran raros aun después de la introducción del cristianismo; así como la historia de Roma memora ejemplos de las mismas en la nación poderosa que la puso á dos dedos de su ruina. En la animada arenga que *Livio* pone en boca del cónsul *Terentius Varron*, excitando á los Capuanos á defenderse hasta la última extremidad

(57) *Crónica de S. Francisco de Zacatecas*, por el R. P. Fr. José Arlegui, part. III., cap. 3. pág. 151.

contra la invasión cartaginense, uno de los motivos que más esfuerza para exaltar su indignación, es que *Annibal* había emprendido hacer todavía más cruel y feroz el carácter ya ferino de sus soldados, haciéndolos pasar los ríos por puentes formados de cadáveres humanos, ¡y lo que es aún más horrible! exclama el orador, ¡enseñándolos á alimentarse de carne humana! (58)

Sea, pues, cual fuere el horror que en el estado actual de cultura y suavidad de nuestras costumbres nos inspire, ya no digo la práctica, sino aun la mera idea de la *antropofagia*, abstengámonos de juzgarla y condenarla por aquellas, y guardémonos, sobre todo, de decidir que esos pueblos pertenecieron á una raza envilecida, incapaz de ninguna especie de cultura intelectual ó moral; pues tal fallo sería una calumnia que desmiente la historia de la marcha del entendimiento humano, y un error que condena la sana filosofía. Al con-

[58].... Insuper dux ipse efferabit pontibus ac molibus ex humanorum corporum strue faciendis et (quod proloqui etiam piget) vesci humanis corporibus docendo.—Lib. XXIII, 5.

trario, esas prácticas, con toda su horrible deformidad, ministran la mejor prueba del adelanto progresivo en la cultura intelectual y moral, especialmente aquellas destinadas á ser una manifestación sensible del dogma de la inmortalidad del alma.—*Nosotros, que nos ponemos pálidos de horror á la simple idea de los sacrificios humanos y de la brutalidad de los antropófagos*, dice el elocuente historiador del gobierno de la Providencia, *¿cómo podremos ser al mismo tiempo bastante ciegos é ingratos para desconocer que todos estos sentimientos los debemos á la ley de AMOR, que ha velado sobre nosotros en nuestra cuna?* (59) *Esta ley*, que el conde de *Maistre* llama *de amor*, es la misma que bajo otra forma y por otros motivos se ve dominar en todos los sistemas religiosos que han admitido los sacrificios; ya sea porque, como observa Mr. *Debret*, *el que vierte la sangre humana sobre las aras de los dioses, no está distante de beberla*; ya sobre todo, y aquí llamo la atención de mis lectores, porque en todas esas religiones se ha considerado como una parte integran-

(59) *Esclarecimientos &c.*, cap. 2, pág. 193.

te y esencial del rito, la participación ó comunión de la hostia ó víctima inmolada en los altares, no excluyéndose de ella sino á los heridos por el anatema religioso. Esta creencia procedía de que todos los pueblos miraban esa hostia como cosa sagrada, por ser ofrenda *dedicada* á la divinidad (a) y santificada por el *sacrificio* (b); en cuya virtud bien podía decir de ella y de sus ritos, lo mismo que el ceremonial religioso de los judíos decía de los suyos: *lex hostia sancta sanctorum est.*

Si alguno replicare todavía que esas prácticas siempre aparecerán á los ojos de la humanidad y de la razón, crueles, absurdas, ó como otros quieren, aun criminales, examínelas á la luz de la sana filosofía, y reconocerá que ni ese crimen es del hombre, ni menos prueba una degradación intelectual ó moral de su especie. Ese crimen, dado caso que lo hubiera, lo sería exclusivamente del tiempo; así como la forma establecida para la participación del sacrificio, fué inspirada por el sentimiento religioso que la vió como inseparable de la

(a) *Deo dicata.*

(b) Derivado de *sacrum facio*,

idea que se había formado de la virtud y santidad de la ofrenda. El escritor católico, repetidamente citado, explica así este fenómeno intelectual y moral: "Por una
"continuacion de las mismas ideas sobre
"la naturaleza y eficacia de los sacrificios,
"veian tambien los antiguos alguna cosa
"misteriosa en la comida del cuerpo y de
"la sangre de las víctimas. *Esta contenia,*
"*en su sentir, el complemento del sacrificio y*
"*de la unidad religiosa,* de tal modo que
"los cristianos rehusaron por mucho tiempo
"probar las carnes inmoladas, para que
"no se creyese que comiéndolas, reconocian
"las falsas divinidades á que se habían ofrecido; *porque todos los que participan de una misma víctima son un mismo*
"*cuerpo* [I. Corinth. X, 17.] Mas esta idea
"universal de la comunión por la sangre,
"aunque viciosa en su aplicación, creo sin
"embargo justa y profética en su origen,
"así como aquella de la cual derivaba [60]."

Pues bien, las mismas ideas, las mismas creencias y la misma voluntad que dirigía

[60] *Esclarecimientos &c.*, pág 223.

la cuchilla del sacerdocio antiguo en la inmolación y repartición de la hostia ofrecida en sacrificio, dirigía igualmente la del sacerdocio mexicano; y salva la calidad de las víctimas, puede decirse que los dos cultos estaban enteramente calcados sobre un propio tipo. Si uno y otro inundaban en sangre la ara del sacrificio, asperjando con ella el tabernáculo, el ara y el simulacro, fué porque ambos la veían como un medio de lustración, y porque ambos creían que *sin efusión de sangre no podía haber remisión* (61). En fin, el sacerdote mexicano no comía la carne de las víctimas por la degradante y salvaje glotonería que le atribuyen algunos pretendidos filósofos, sino porque también su rito se lo ordenaba, diciéndole que *esa carne era muy santa* (62).

[61] Etiam tabernaculum, et omnia vasa ministerii sanguine similiter aspersit:—Et omnia pene in sanguine secundum legem mundantur: et sine sanguinis effusione non fit remissio.—Hebr. IX, 21-22. *Esclarecimientos &c.*, cap. III, pág 213.

[62] Omnis masculus de sacerdotali genere..... vescetur his carnibus, quia sanctum sanctorum est,-- (Levit. VII, 6)—.... y el cuerpo del (sacrificado) guisaban y repartían, *teniendo aquella carne por cosa sagrada y divina.*—Torquem. lib. X, cap. 14, pág. 261.

El señor *Prescott*, que suele poetizar la historia más de lo que es permitido, maltrata horriblemente el carácter de los infelices mexicanos, en la animada pintura que hace de sus banquetes sagrados [t. I, p. 53 y sig.), y en la exagerada idea que nos da de los exquisitos conocimientos que dice desplegaban para el sazón de las víctimas inmoladas. Tres de las autoridades que cita en su apoyo, y las únicas que he podido consultar (63), nada dicen absolutamente de ese pretendido refinamiento culinario; al contrario, por la del *P. Sahagún* podemos deducir, que el guiso adoptado para tales casos no sólo era el ordinario y común, que todavía usa nuestro pueblo, sino que es tal, que ya no admite simplificación. El estirado *Barón de Juras Reales*, que no podía elevarse hasta discernir toda la magnitud del agravio que se hacía al carácter de un pueblo atribuyéndole tan singular y chocante cultura, se difunde en vulgaridades, exagerando sin criterio y sin medida el número de las

[63] *Sahagún, Torquemada y Herrera*, en los lugares allí citados.

víctimas y el de los platos, en su llamada impropia—*Disertación sobre la antigua y moderna antropofagia de varias naciones americanas*. Allí, contra todas las enseñanzas de la historia y de la crítica, asienta: *que día y noche corrían copiosos ríos de sangre humana al pie de las aras de Huitzilopochtli; y que en las mesas de Motenczoma y de los caciques se servían infinitos platos de carne humana, que se apetecían como el bocado más delicado y sabroso de los banquetes* (64).

Esta aserción extravagante debe colocarse entre las que muy propiamente ha llamado el sabio Abate Guené, *calumnias históricas*; y á la verdad, mejor que *Voltaire*, merecía el disertador las notas de *presuntuoso y atrevido* con que lo apoda, al censurarle las especies que dice le inspiraron la idea de su malhadada declamación. Yo no aprobaré el aire de ligereza con que el filósofo de Ferney trató éste y cuantos puntos cayeron bajo el dominio de su fecundo ingenio; pero sí diré que ha conservado intacta la verdad histórica en las si-

[64] *Entretencimientos de un prisionero*, por el Barón de Juras Reales; t. 1, pág 72 & 74,

guientes palabras que se le censuran: “Todas las primeras relaciones de la América, decía, no hablan sino de antropófagos. Se diría al oirlas, que los americanos comían hombres tan comun y generalmente como nosotros comemos carneros. El hecho mejor aclarado se reduce á un pequeño número de prisioneros que fueron comidos por los vencedores, en lugar de serlo por los gusanos.” Prescindiendo de que fueran en más ó menos número, sobre lo cual hay mucho que rebajar en las relaciones (a), diré que *Voltaire* no hacía mas

(a) Mal avenidos los conquistadores con los severos principios de humanidad y filantropía que resplandecen en todas las primeras providencias que dictaron los monarcas españoles para la conservación y buen trato de los indigenas, reclamaron que ellas no podían ni debían observarse con las tribus de antropófagos, á las cuales era necesario exterminar ó esclavizar. Atacados así los reyes católicos en sus mismas trincheras, autorizaron la esclavitud tan sólo de los verdaderamente antropófagos; mas esto bastó para que los conquistadores extendieran indefinidamente su número, porque era la fuente de inmensas riquezas y de seguro bienestar. Los abusos que con tal ocasión se cometieron, y el juicio que debemos formar de esa multiplicidad de antropófagos, lo podemos deducir de lo que los PP. *Acuña y Artieda* dicen en la relación de su viaje por el río de las Amazonas respecto de los portugueses, pues en esta parte fueron iguales todos los conquistadores.—“No niego, dice el primero, que en estas

que resumir en breves palabras la sustancia del hecho atestiguado por los más antiguos y veraces historiadores. Esos *infinitos platos de carne humana* que dice *Juras Reales* se servían en la mesa de *Moteuczoma*, quedan reducidos, por las relaciones de *Bernal Díaz del Castillo* (65), *Herrera* (66), *Gomara* (67), y *Torquemada*

“regiones se encuentran algunos bárbaros que no se horrorizan de comer la carne de sus enemigos; mas son *en pequeño número*, y jamás se ha visto que vendan carne humana en las carnicerías, como lo han publicado algunos portugueses, que so *pretexto de vengar esta barbarie, cometen otra mayor reduciendo á esclavitud á pueblos que nacieron libres é independientes.*” — “Ellos han publicado que los *Aguas* rehusan vender sus esclavos, porque los engordan para comérselos: *ésta es una calumnia que han inventado con la única mira de colorear sus propias crueldades contra esta inocente nación.*” [*Hist. generale des Voyages &c.* vol. LIII, pág. 32-33, edic. in 12. París, 1758.]—Este solo hecho, que nuestra historia confirma con innumerables monumentos, debe hacernos bastante cautos para dar fácil asenso á esas relaciones que por todas partes hacen brotar naciones enteras de antropófagos.

(65).....é como *por pasatiempo* oi decir, que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad. Cap. 91.

(66) Algunas veces, *aunque pocas*, comía carne humana, y había de *ser de la sacrificada* y aderezada por extremo. Dec. II, lib. VII, cap. 7.

(67) Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comía *Moteuczoma*, era *solamente de hom-*

da [68] á muy pocos y quizá á uno solo, que se le enviaría en los días de sacrificios solemnes, puesto que únicamente comía la carne de víctimas inmoladas en las aras de la divinidad. Por lo que toca al refinamiento culinario de que habla el señor *Prescott*, sólo hallo algo que se le aproxime, en lo que dicen *Herrera* y *Torquemada* del plato servido á *Moteuczoma*; mas como por la locución de estos historiadores se percibe que el condimento era una *condición*, pues que *de otra manera no lo comía*, parece inferirse que el monarca mexicano se sometía á esta práctica, menos por gusto que por un deber religioso; y que así como los médicos nos doran ó endulzan las medicinas amargas, así aquel procuraba ahogar su repugnancia con lo sabroso del sazón. Al *Barón de Juras Reales*,⁹ que calumnia sin remordimiento al desventurado monarca azteca para tener ocasión de exaltar el

bres sacrificados, que de otra manera no comía.— *Crónica de la Nueva-España*, cap. 67 en *Barcia*.

[68] Repitiendo lo dicho por *Herrera*, añade: y de otra manera no lo comía, como quisieron falsamente imputarle algunos, que ni le supieron ni entendieron, sino por mala voluntad que les tenían concebida á los indios. Lib. II, cap. 88.

mérito de Cortés, presentando á éste en continua lucha, ya suplicando, ya amenazando, para desterrar de la mesa de su cautivo el nefando plato, se le podría sellar el labio con las mismas cartas del conquistador, que nada dice sobre el particular, en la menuda descripción que también hace de las costumbres epulares de *Moteuczoma* (69), y muy particularmente con las siguientes palabras:—*En todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad (México), NUNCA se vió matar ni sacrificar alguna criatura* (70). Sin víctima no podía haber banquete.

Yo convengo desde luego en que los mexicanos *solían* comer carne humana; mas esto no prueba, en manera alguna, que fueran verdaderamente *antropófagos*, pues que no lo hacían por costumbre, por placer, ni por necesidad. La comieron, como dejo dicho en otro lugar, por la virtud mística que en todas las demás partes del mundo se ha

[69] Carta de Relación &c, la 1.^a en *Lorenzana* § 34.

[70] *Ibid.* § 31, pág. 107.—Lo que yo sé es, que desde que nuestro capitán le reprendió el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar.—*Bernal Diaz*, *ibi.*

atribuido á la comunión ó participación de las hostias; y la comieron, en fin, porque así lo prescribían sus ritos religiosos. No es fácil asignar la razón ó el motivo que originariamente haya determinado esta práctica tan universal; mas sí parece que en lo general puede explicarse, por el odio implacable y por la crueldad ferina con que en el estado salvaje, y aun en el de barbarie (*a*), se han hecho la guerra los pueblos enemigos, sobre todo cuando en sus contiendas se han mezclado puntos de religión y se han infiltrado en sus creencias algunas ideas pitagóricas. Si de los comedores de carne humana exceptuamos las muy pocas tribus que la historia presenta como ver-

(*a*) Para que podamos formarnos una ligera idea de los furros y excesos á que en este estado son capaces de arrastrar las pasiones rencorosas, recordemos los ejemplos, no muy lejanos, que nos presenta la historia de una de las naciones más cultas y civilizadas de la tierra. El pueblo de Paris devoró y puso en almoneda los restos exhumados y corrompidos del *mariscal de Ancre*: ese mismo pueblo, durante su terrible revolución, bebía la sangre y comía el corazón de sus víctimas. También el pueblo de la Haya se comió el del ilustre de *Witt*.—Si todo esto y aun más, ha podido hacerse diez y seis ó diez y siete siglos después de la venida de Jesucristo, fuerza será conceder alguna gracia á los que no la conocieron.

daderos *antropófagos*, y los casos más raros aún y singulares, del canibalismo meramente inspirado por la ignorancia y por la subversión de las ideas religiosas, tendremos como hechos generales y plenamente establecidos: 1.º., que los pueblos de que se trata solamente han comido la carne de las víctimas de la guerra: 2.º., que *todos los pueblos del mundo*, en un cierto período de su estado social, se comieron á sus prisioneros.

Tenemos una buena prueba de lo primero en lo que dice *Lery* de los indígenas del Brasil, y el capitán *Cook* de los habitantes del canal de la reina Carlota, quienes no obstante sus costumbres salvajes, solamente comían la carne de los prisioneros de guerra (71); y hallamos su confirmación en lo que refiere *Juvenal* de esos pueblos cultos, cuya memoria vive todavía en las famosas ruinas de las antiguas *Ombos* y *Tentyris* (72). Divididos sus habitantes por

[71] Hist. gén. des Voyag., vol. LIV, pág. 271.— Voyages de *Cook*; 1er. Voy., vol. V, cap. 7, pág. 223. *Lausan*. 1796. in 8.

[72] Hoy *Denderah*, célebre por el zodíaco que en ella descubrió *Volney*, y que ha dado materia y ocasión á tantas investigaciones arqueológicas del ma-

odios religiosos, no solamente se hacían una continua guerra, sino que en el teatro mismo de la victoria destrozaban y devoraban sus víctimas, disputándose con salvaje frenesí sus girones sangrientos. Este horrible espectáculo que inspiró al poeta el asunto de una de sus más hermosas sátiras le arrancó también aquella imprecación elocuente en que, como filósofo, nos enseña hasta qué punto el odio soplado por el fanatismo, puede arrastrar al mismo extremo que el hambre aguijoneada por la necesidad. (73)

Ya que he hablado del canibalismo por hambre, tantas veces encomiado y nunca reprendido en la historia de los pueblos más cultos antiguos y modernos, recordaré

por interés. Los escritores que están muy discordes sobre el nombre de la otra ciudad, convienen en que el odio mortal que dividía á los habitantes de ambas, procedía de que los *Ombitas* tenían en particular veneración al *Cocodrilo*, que los *Tentyritas* detestaban y perseguían por todas partes, haciéndole una guerra de exterminio. (Vid. la *Sátira XV*, con las notas de Mr. d'*Achaintre*, y las de *Larcher* á *Herod.* II, 69, n. 251.)

[73] Nec pœnam sceleris inveniens, nec digna p[ar]tis
[rabis

Supplicia his populis, in quorum mente pa-
[res sunt

Et similis ira atque fames.

á mis lectores el ejemplar más famoso que de él memora la nuestra y con el cual se prueba hasta la evidencia, que los mexicanos no comían carne humana sino en los casos prescritos ó tolerados por sus dogmas religiosos, á diferencia de las demás naciones que la comieron todas las veces que se vieron estrechados por la necesidad. En efecto, ¡cuántas ciudades no han gemido bajo aquel espantoso azote de la ira divina que no temió la prostituta de las naciones en boca de sus profetas, pero que vió realizado con todos sus horrores en los amargos días de su desolación! *Alimentaré á los moradores de Jerusalem con la carne de sus hijos y con la carne de sus hijas: comerá el amigo la carne de su amigo durante el asedio, y en el aprieto á que los reducirán sus enemigos* (74). Y la madre comió efectivamente la carne de su hijo, con terror y asombro del historiador que nos ha conservado la memoria de aquellas escenas lamentables (75); así como en siglos anteriores los Galos llevando el amor de la patria á un refi-

(74) Jerem; XIX, 9, Vers. de Vencé.

(75) *Joseph. de Bello Jud.* 21 VI, —*Euseb. Eccles. Hist.* v. III, c. 6.

namiento que la razón y la humanidad condenan, prolongaron su resistencia alimentándose con la carne de todos aquellos que por su edad ó debilidad eran inútiles para la guerra. (76)

Pues bien; afligidos los mexicanos por todos los errores de un asedio, cuyo igual sólo se hallará en el de Jerusalem arrasada por *Tito*; forzados ya á aventurar diariamente su vida, que perdían millares de ellos por la esperanza de adquirir una insípida raíz, una amarga corteza, ó una inmundada sabandija, con que calmar, siquiera, los tormentos del hambre; circuidos de cadáveres que henchían las casas, que encombraban las calles y que por todas direcciones ofrecían á sus desencajados ojos un apretado pavimento de cuerpos mutilados (77); los mexicanos, digo, pidiendo

(76) *Inopia subacti, eorum corporibus, qui aetate inutilis ad bellum videbantur, vitam tolerarent.*—*Cesar de Bello Gall.* VII, § 71.

(77) No tenían paso por donde andar sino por encima de los muertos. y así, por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies. *Carta cit. de Cortés*, § XL, pág. 295-98.

Y es verdad, y juro amén, que toda la laguna y

la muerte por compasión, buscándola como un descanso (78), y prefiriendo siempre sucumbir en millaradas bajo el peso de sus miserias, antes que doblar el cuello al yugo de la conquista (79); apachugaron con lo que veían, como el epílogo de todos los males y el complemento de todas las des-

casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba. Pues en las calles y en los mismos patios de Talteluleo no había otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. *Bernal Diaz, cap. 156, vol. III, pág. 295.*

(78) Y como no tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta desventura. dijeronme: "Que pues ellos me tenían por hijo del Sol, y el Sol en tanta brevedad como era en un día y una noche daba vuelta á todo el mundo, que por qué yo así brevemente no los acababa de matar, y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir, y irse al cielo para su *Ochilobus* (Huitzilopoxetli), que los estaba esperando para descansar." *Carta cit. § XXXIX, pág. 292.*

[79] E viendo. . . . sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles, acordé de los dejar de combatir &c. . . . Según pareció, de el agua salada que bebían y de la hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos, que murieron más de CINCUENTA MIL ánimas. [*Ibid.* p. 289 y 298.] Y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas y hasta las cortezas de los árboles, también las habían comido. *B, Diaz, ibid. p. 297.*

gracias, con la esclavitud, á trueque de no comprar la libertad con la carne de sus hermanos. Sí; un testigo presencial y colaborador activo en esta obra de desolación, y el biógrafo mismo del conquistador, que quizá escribía bajo su dictado, unánimes afirman que en medio de todas esas calamidades, nunca los mexicanos llegaron á comer la carne de sus muertos (80), di-

(80) También quiero decir, que no comían las carnes de sus mexicanos, sino eran de los enemigos tlaxcaltecas, y las nuestras que apañaban: y no se ha hallado generación en el mundo que tanto sufriese el hambre y sed y continuas guerras como ésta. (*B. Diaz. Ibid.*)—*Después de encomiar Gomara el heroico sufrimiento y resignación de los mexicanos en medio de los horrores del hambre y de la peste, termina así su narración: De aquí se conoce, como aunque los mexicanos comen carne de hombre, no comen la de los suyos como algunos piensan, QUE SI LA COMIERAN, NO MURIERAN ASI DE HAMBRE (Crónica de la N.-España, cap. 143, en Barcia; ó cap. 32, vol. II, de la edic. mexic. del Sr. Bustamante.] El cronista Herrera, que escribió su historia con presencia de las relaciones originales de los conquistadores y de otra multitud de documentos auténticos que se pusieron á su disposición, dice; Teníanse en casa los muertos, porque los enemigos no conociesen su flaqueza: no los comían, porque los mexicanos no comían los suyos. [*Dec. III. lib. 2, cap. 8*]*

¡Qué raro contraste forma esa abstinencia imponente y sublime al lado del terrífico espectáculo que muy pocos años después [1528] presentaron los infortunados compañeros de *Alvar Núñez Cabeza de*